

Osvaldo Picardo

El caracol

A Guillermo Thoubet

Pegado al vidrio reptaba sobre un fondo
reverdecido y novedoso.

Mi mundo a su alrededor se desplaza veloz
tanto que se le hace invisible,
sin existencia casi,
apenas una sombra breve.

El caracol que dejó pegado a la ventana
con la enorme casa a cuestas
no estará allí a mi regreso.

Es cosa de velocidades,
una ecuación de tiempos y escenarios.

Guillermo tenía leucemia.

Hablaba en los oídos de la mañana.

Y también reptaba en su vidrio
sobre un fondo de primavera.

Tuvo miedo, me dijo su esposa,
creyó ver algo más veloz,
apenas una sombra al final del pasillo.

Tampoco él estará allí a mi regreso.
Ya no estaba cuando mi partida.
Sólo la lentitud del caracol,
pienso, mirando a través del vidrio,
tiene el peso necesario para lo eterno.
Cae con precisión en las grietas del tiempo.

Picaflores

Antes de correr la cortina frente a las calas
la velocidad se congeló en el aire.
Primero fue uno borroneando las alas
en el hilo desatado ante un gladiolo.
El otro cayó al lado en rebote pausado
y giraron trenzando el tallo de la tarde.

No los habías visto hasta entonces. Luego
leíste que tienen corazones enormes
para el tamaño diminuto de sus cuerpos.

Y también

que mueren de quietud durante el sueño.

Blues de septiembre

Fue en este mes, en el puerto, que la viste

entrar a un café que demolieron hace años.

“En realidad no sé” respondiste cuando preguntó
por una dirección que vos conocías demasiado bien.

Y salieron juntos, caminaron por la banquina,
y cayeron en el vórtice de una irrealidad.

Repitieron una ficción en que la única certeza
fue su cuerpo llenando tu boca al nombrarla.

Sin el café, pero como entonces, el mes se parece.

Sobre la cubierta de madera hecha piedra por la sal
el lobo de mar abre una noche filosa en su otra boca
y por su piel de aceite resbala la modorra del puerto.

Un barco también espera fuera del agua la reparación
hasta desaparecer entre latas y recuerdos.

Dos términos en una múltiple metáfora y un hecho sólo.

Un ahora y un ayer haciéndose el amor entre las ruinas.

Los que ven las cosas

*“Y sin embargo
hay algo más, en los pequeños diálogos
del momento...”*

Circe Maia

Pensándolo bien les debés
cada uno de tus gustos,
hasta los más groseros,
a las malas influencias
de amigos de paso.
Tomar con ellos una copa
y picar algo,
darle la mano a un desconocido
y adquirir
la obligación de la simpatía
vino a acompañarte
de a poco, sin molestias.

Hola ¿cómo estás?,
por ejemplo,
es el comienzo de un striptease
en que las ropas del desnudo
disfrazan con íntimos olores
y fraternos
manotazos de ahogado.

Y hablar mal. Mal
con el deleite de la envidia
en el refugio ancestral
de una justificación: *motivos*
no faltan.

Historias que se entrecruzan
empezadas siempre,
sobreentendidas, deformes
en un viaje aburrido
mientras se tejen las fábulas del
yo soy.

No son sino ellos los que ven las cosas.
Y no queda más qué hacer
que nos las cuenten

y luego

contarlas hasta creerlas propias.

Espejismo de salvación

que transforma la necesidad horrible

en objeto de amor,

“no se puede vivir en el silencio”.